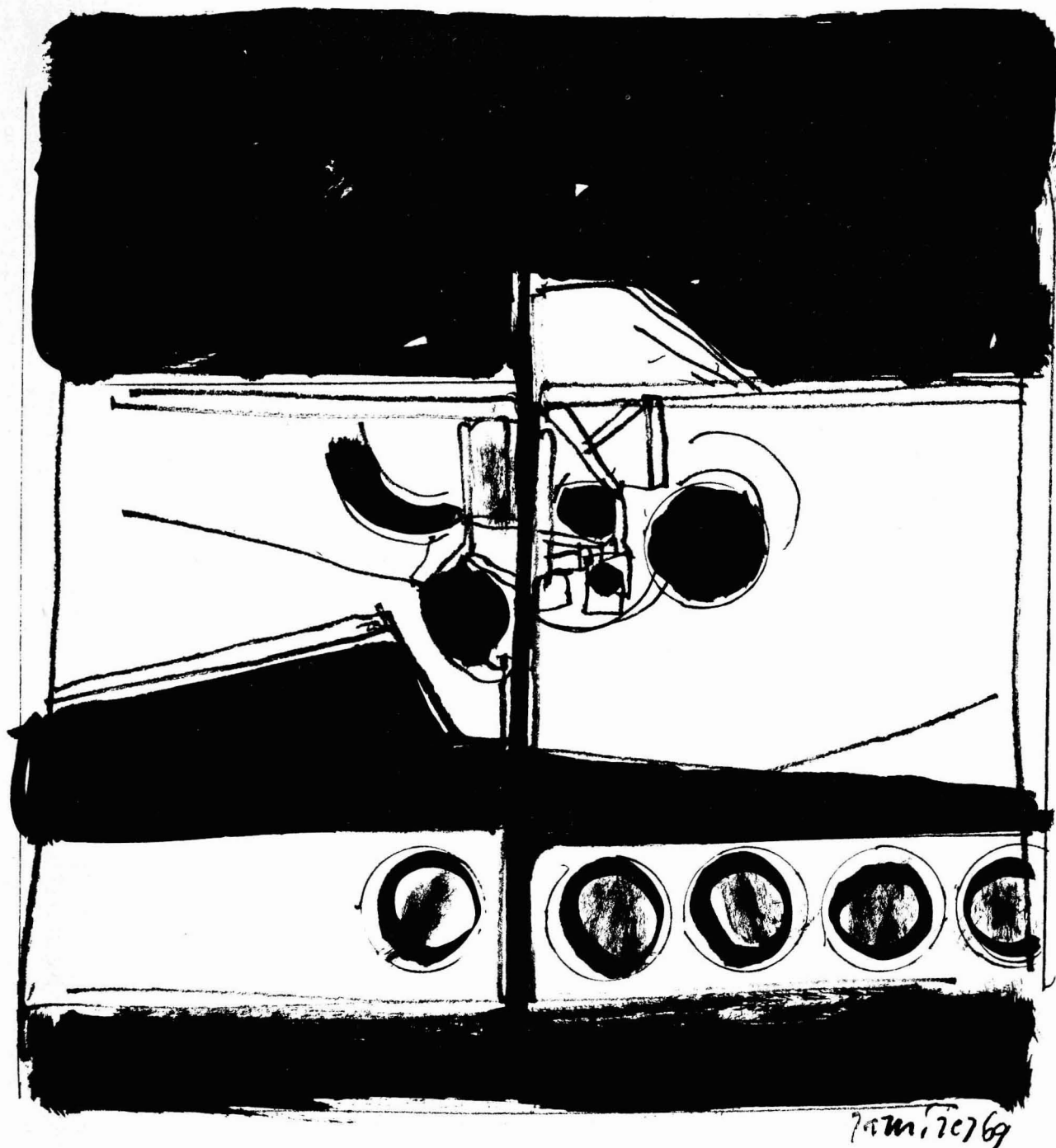
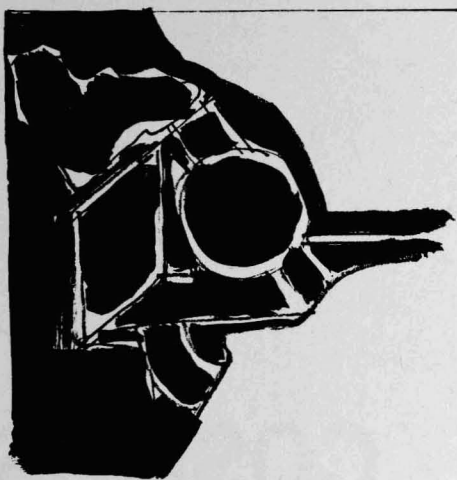


# WITOLD GOMBROWICZ / COSMOS





El siguiente fue un día disperso, seco y reluciente; en medio de su luminosidad era imposible concentrar la atención; por lo azul del cielo rodaban unas nubes redondas, mullidas e inmaculadas. Me sumergí en mis cuadernos, pues después de los excesos del día anterior me sentía severo, desdénso y ascético ante las cosas raras. ¿Ir a ver el palito? ¿Comprobar si no había nada nuevo, sobre todo después de la discreta alusión que Fuks había hecho el día anterior durante la cena dando a entender que el hilo y el palito habían sido descubiertos por nosotros? ... Me contenía cierta aversión hacia esta historia, que era monstruosa como un feto abortado. Hundí la cabeza entre las manos y me puse a estudiar; sabía que Fuks se encargaría de ir a ver el palito, aunque ni siquiera hacía la prueba de hablar conmigo del asunto, pues ya habíamos agotado el tema, pero sabía que iría allá, al muro, por pereza interior. Me concentré en mis cuadernos y él empezó a caminar por el cuarto hasta que por fin salté. Cuando volvió tomamos como siempre en nuestro cuarto el segundo desayuno (lo había llevado Katasia), pero no dijo nada... Por fin, cerca de las cuatro, después de la siesta, me dijo desde su cama: —Ven, te voy a enseñar una cosa.

No le respondí, tenía deseos de humillarlo; la falta de respuesta era la más hiriente respuesta. Callé humillado; no se atrevía a insistir, pero los minutos pasaban; empecé a afeitarme y por fin le pregunté: “¿Hay algo nuevo?” Él dijo entonces: —“sí y no.” Salimos, después de tomar las acostumbradas precauciones respecto a la casa, que nos observaba con los vidrios de sus ventanas. Llegamos hasta el palito. En el aire se sentía un olor a muro recalentado y a orina o a manzanas; a un lado estaba un arroyuelo de aguas sucias y había asimismo unas reseca hojas de hierba... era lo distante, lo lejano, una vida aparte en el caluroso silencio, un rumor. El palito seguía colgado del hilo, tal como lo habíamos dejado.

—Mira eso— dijo, señalándome un montón de cachivaches que había junto a la abierta puerta de la bodega—. ¿Ves algo?

—Nada.

—¿Nada?

—Nada.

—¿Absolutamente nada?

—Nada.

Estaba frente a mí, aburriéndome a mí y a sí mismo.

—Fijate en ese pértigo.

—¿Qué tiene?

—Lo viste ayer?

—No me acuerdo.

—¿Estaba exactamente igual? ¿No ha cambiado su posición?

Me aburría, y él mismo no se hacía ilusiones al respecto. Tenía la mala suerte de ser un hombre que aburría a todo mundo; se hallaba junto al muro y todo era absolutamente estéril, vacío.

Insistió: “Trata de acercarte”... Pero yo sabía que insistía por aburrimiento y este me aburría aún más. Una hormiga amarilla paseaba por ese pértigo roto. En la parte superior del muro los tallos de una hierba se dibujaban limpiamente contra el cielo; pero yo no lograba acordarme, ¿cómo iba a acordarme!; el pértigo podía, o no, haber cambiado de posición... Una florecilla amarilla.

Pero él no se daba por vencido. No me dejaba en paz. Lo molesto era que en ese alejado sitio el vacío de nuestro aburrimiento se unía al vacío de esos falsos signos, de esas huellas que no eran huellas, a toda esa estupidez; dos vacíos y nosotros en medio de ellos. Bostecé. Fuks dijo:

—Mira lo que señala ese pértigo.

—¿Qué cosa?

—El cuarto de Katasia.

Sí, el pértigo señalaba directamente hacia su cuarto, que estaba junto a la cocina, en una casucha contruida al lado de la casa.

—¡Ah!

—Precisamente. Si el pértigo no ha cambiado su posición, entonces no importa, el asunto carece de trascendencia. Pero si alguien lo movió, lo hizo para señalarnos el cuarto de Katasia... Alguien, ¿te das cuenta?, alguien que por lo que dije ayer a la hora de la cena sobre el palito y el hilo notó que nosotros ya estábamos sobre la pista; esa misma persona vino aquí por la noche y puso el pértigo de tal manera que señalase el cuarto de Katasia. Es como una nueva flecha. Sabía que vendríamos otra vez para comprobar si había una nueva señal.

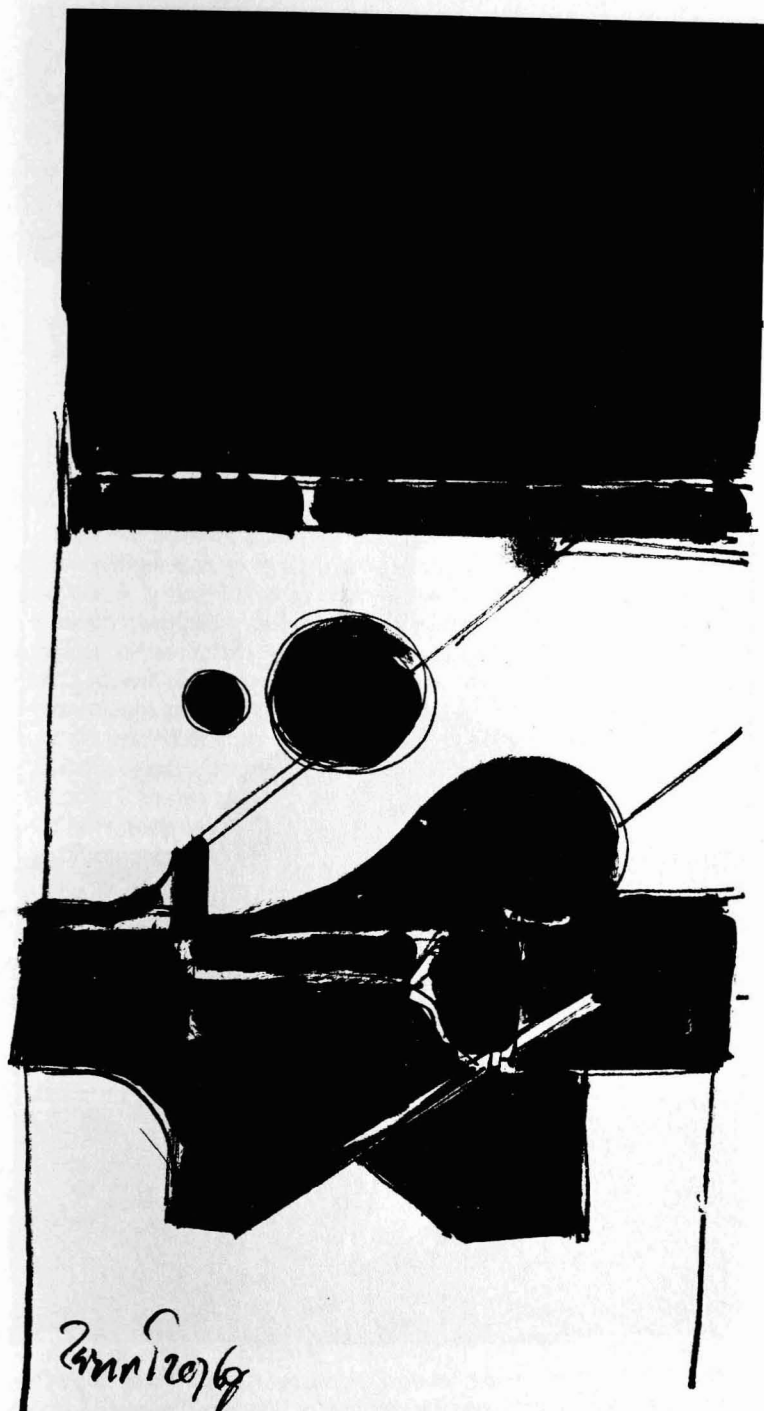
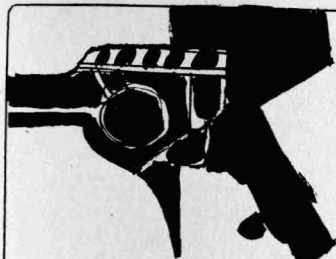
—¿Pero cómo sabes que alguien movió el pértigo?

—No estoy seguro. Pero tengo mis sospechas. Sobre el aserrín hay huellas, como si antes el pértigo hubiese estado en otra posición. Y fijate en esas tres piedras... y en esas tres ruedas... y en esas tres hojas de hierba... y en esos tres botones que parecen de silla de montar... ¿Te das cuenta?

—¿De qué?

—Forman una especie de triángulos que señalan el pértigo, como si alguien hubiese querido llamar nuestra atención hacia él... ¿Te das cuenta cómo crean una especie de ritmo que se dirige hacia el pértigo? Por lo menos a mí así me lo parece... ¿Que piensas tú?

Aparté los ojos de esa hormiga amarilla que una vez tras otra aparecía entre unas correas dirigiéndose ya a la derecha ya a la izquierda, ya hacia atrás, ya hacia adelante; yo casi no escuchaba a Fuks, apenas si oía una que otra palabra, algo idiota, nada nada más nada, sólo humillación, toda nuestra locura, nuestra estupidez, nuestra tontería se hallaba allí, junto a ese muro, sobre ese montón de escombros y cachivaches. Además estaba aquella cara pelirroja, despreciada, de ojos saltones. Volví a argumentar que nadie hubiese tenido ganas de hacer eso, ¿quién hubiese podido



prever que nosotros advertiríamos que el pértigo había sido movido? ... nadie que estuviese en sus cinco sentidos...

Fuks me interrumpió:

—¿Y quién te ha dicho que ese sujeto tiene que estar en sus cinco sentidos? Por otra parte: ¿Cómo sabes cuántos signos nos deja? A lo mejor nosotros descubrimos tan sólo uno entre muchos. . . Señaló con la mano la casa y el jardín y dijo: A lo mejor aquí todo está lleno de señales...

Seguíamos en ese sitio —terrones, telas de araña—, pero ya con la conciencia de que no dejaríamos esto por la paz. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? Tomé en la mano un pedazo de ladrillo, lo observé de cerca, lo dejé a un lado y dije: Bueno, ¿y qué? ¿Quieres que vayamos adonde señala el pértigo?

Sonrió tímidamente.

—No podemos hacer otra cosa. Tú mismo lo sabes. Para tranquilizarnos. Mañana es domingo. Es un día libre. Tenemos que revisar su cuarto, quizá ahí encontremos algo... Si no, por lo menos podremos estar en paz.

Clavé los ojos en los escombros y él hizo lo mismo. Yo quería leer en ellos algo así como un mínimo y perverso salto de labios. Y efectivamente, me pareció que los escombros, las piezas de coche, las correas, las basuras, empezaban a vibrar en la atmósfera de un latente escurrimiento, de una incipiente perversión... lo mismo que el cenicero, la red de la cama, la boca entreabierta y entrecerrada... Todo hervía, se agitaba, aludiendo a Lena, y esto me asustaba, pues pensaba cómo íbamos otra vez a actuar y a realizar nuestras acciones. . . haciendo participar a ese pértigo y yo me acercaría ahora a esa boca a través de los escombros, cosa que me fascinaba, pues pensaba, ah, empezaremos a actuar, a través de nuestros actos llegaremos al misterio, bah, bah, entraremos en el cuarto de Katasia, lo revisaremos, veremos, comprobaremos. ¡Comprobar! ¡Oh, acción aclaradora! ¡Oh, acción que todo lo oscurece, que conduce hacia la noche, hacia la quimera!

Sí, pese a todo me sentí mejor. Nuestra marcha por la vereda cubierta de grava fue como el regreso de dos detectives. La elaboración detallada de nuestros planes me permitió sobrevivir con honor hasta el día siguiente. La cena transcurrió tranquilamente, mi radio de visión se limitaba cada vez más al mantel, cada vez me era más difícil alzar la vista hacia ellos, miraba el mantel, sobre el que reposaba la mano de Lena... ese día mucho más tanquila, sin temblores visibles (pero eso podía ser precisamente una prueba de que había sido ella quien había movido el pértigo)... y otras manos, por ejemplo la mano de Leon, perezosa, o la mano de Ludwik, arótica-noerótica, y la mano de Bolita, como una patata sobre una remolacha, un puño que salía de un brazo de mujer regordeta, brazo grasoso, lo que despertaba una sensación desagradable que crecía silenciosamente y que se volvía aún más desagradable cerca del codo, donde la piel roja y descascarada se

convertía en pequeñas bahías moradas y grises que eran el vestíbulo de otros recovecos. Combinaciones, complicadas, fatigosas, combinaciones de manos parecidas a las combinaciones del techo, de las paredes... de todas partes... La mano de Leon cesó de tamborilear; con dos dedos de la mano derecha tomó un dedo de la mano izquierda y lo sostuvo, observándolo con una atención que se manifestaba a través de una sonrisa soñadora. Y por supuesto allá arriba, sobre las manos, la conversación continuaba, pero apenas si me llegaba una que otra frase; abordaban diferentes temas y en cierto momento Ludwik le dijo a su suegra "imagínese usted a diez soldados en fila india, uno tras otro, según usted ¿cuánto tiempo se necesita para agotar todas las combinaciones posibles en la formación de esos soldados, poniendo por ejemplo al tercero en el lugar del primero y así por el estilo, si efectuamos diariamente tan sólo un cambio? Leon meditó un rato: —¿Tres mesezuelos? .

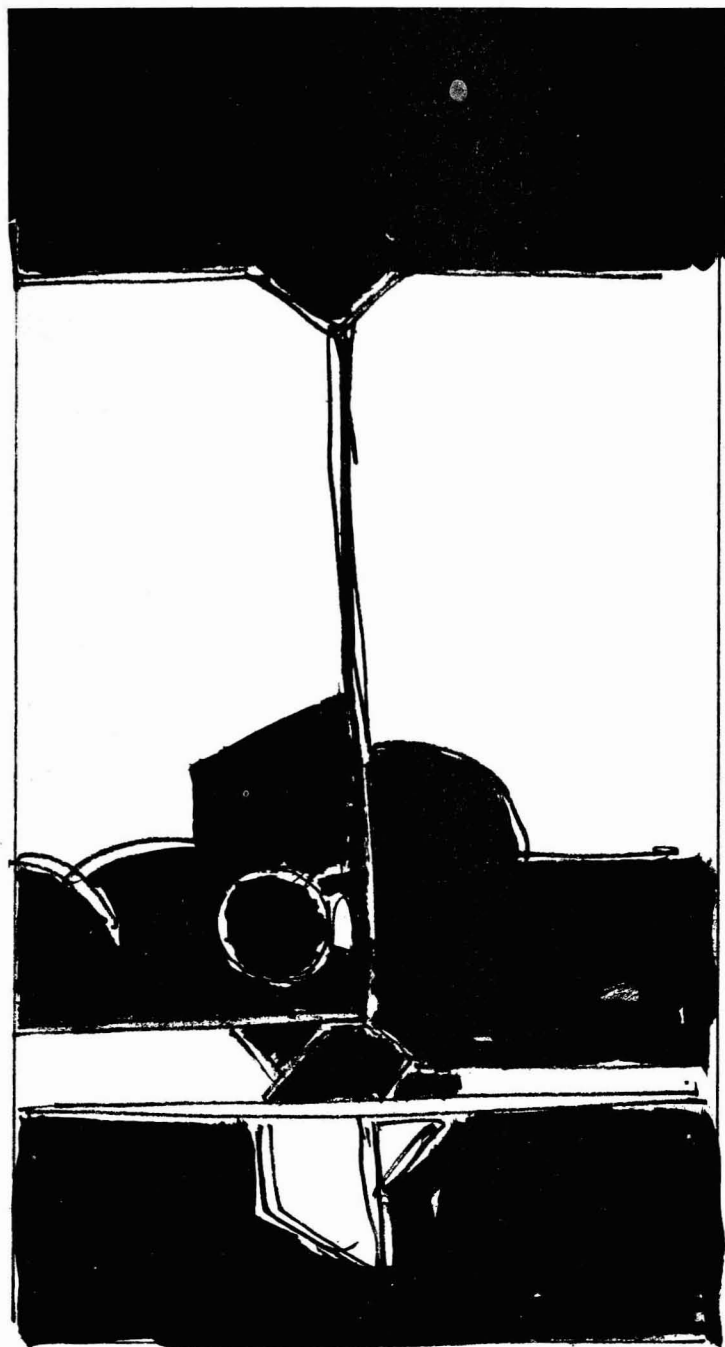
Ludwik le respondió:

—Diez mil años. Ya ha sido calculado.

—Muchachón —dijo Leon—, muchachón, muchachón. . .

Guardó silencio. Estaba en guardia. Parecía que la palabra "combinación" utilizada por Ludwik estaba en cierta relación con las "combinaciones" que a mí se me ocurrían; podía parecer una casualidad bastante singular el que Ludwik hubiese mencionado las combinaciones de soldados precisamente en el momento en que yo me sumergía en otras combinaciones. ¿Acaso esto no parecía casi fórmula en voz alta lo que a mí me preocupaba? Oh, ese "casi". ¡Cuántas veces se me había presentado ese "casi"! Pero hay que tomar en cuenta que la historia de los soldados me impresionaba porque se relacionaba a mis preocupaciones. Por eso la había separado de entre muchas otras cosas de las que también se hablaba. Así esa coincidencia era en parte (oh, en parte) provocada por mí. Y precisamente eso era lo difícil, terrible y confuso, pues yo nunca podía saber en qué grado era yo mismo el autor de las combinaciones que se combinaban a mi alrededor; ah, el asesino vuelve siempre al lugar del crimen. Si se piensa en la enorme cantidad de sonidos y formas que se nos presenta a cada momento de nuestra existencia... un enjambre, una multitud, un torrente... entonces no hay nada más sencillo que combinar. ¡Combinar! Esta palabra me sorprendió por un instante, como si hubiese encontrado un animal salvaje de un bosque, pero poco después se perdió en el tumulto de esas siete personas que hablaban y comían sentadas a la mesa; la cena seguía adelante; Katasia le dio a Lena el cenicero...

"Tendremos que aclarar todo esto, investigarlo, llegar al fondo de las cosas"... pero no creía que la inspección del cuarto de Katasia aclarara cualquier cosa, sólo que ese proyecto nuestro para el día siguiente permitía soportar un poco mejor esa extraña dependencia interbucal, esa dependencia de ciudades, de estrellas...



29/11/69





A fin de cuentas qué hay de extraño en que una boca me llevase a la otra. Continuamente, sin interrupción, cada cosa me llevaba a otra cosa, tras cada objeto se ocultaba otro objeto, tras la mano de Lena estaba la mano de Ludwik, tras una taza había un vaso, tras una raya en el techo se veía una tela; el mundo era en realidad una especie de biombo y no se presentaba de otra manera sino enviándome cada vez más lejos. Los objetos jugaban conmigo como si yo fuera una pelota.

De pronto se oyó un golpe.

Fue como el sonido de dos trozos de madera, un sonido corto y seco, débil; aunque había sido un golpe singular, tan singular que se había destacado entre todas las voces. ¿Quién había golpeado? ¿Qué cosa había sido golpeada? Quedé inmóvil. Algo así como "ya empezó" me pasó por la cabeza; no sabía qué hacer, ¡pronto, fantasma, sal de una vez! ... Pero el sonido se perdió en el tiempo y tras él no sucedió nada. Quizá había sido el ruido de una silla... algo sin importancia...

Algo sin importancia. El día siguiente fue domingo, día que traía consigo una novedad para nuestra vida habitual; es verdad que como todos los días me despertó Katasia y se quedó un momento inclinada sobre mí, por pura simpatía, pero de la limpieza de la habitación se ocupó la misma doña María, o sea Bolita, quien rodando de un lado para otro con el paño de limpiar en las manos nos contó que en Drehebycz había tenido "la planta baja de una villa muy bonita con todas las comodidades" donde alquilaba cuartos con comidas o sin ellas, después vivió en Pultusk seis años "en un como apartamento de un tercer piso", pero en ocasiones además de los inquilinos permanentes les daba de comer hasta a seis abandonados de la "ciudad", la mayor parte de las veces gente entrada en edad, con distintas enfermedades, y así a uno había que darle puré, a otro sopa, cuidar que alguien no comiera nada ácido, hasta que me dije a mí misma, no, así no puedo seguir, basta, no puedo, y se lo dije a esos viejos, y había que haber visto su desesperación, querida señora, quién nos cuidará ahora, y yo les dije se dan cuanta, yo me preocupo demasiado, me mato por ustedes, y por qué, por qué matarme, sobre todo que siempre he tenido que atender a Leon, no tiene usted idea, hacerle esto, lo otro, siempre algo, yo de veras no sé qué haría este hombre sin mí, durante toda la vida le llevé el café a la cama, toda la vida, por suerte yo ya soy así, no soporto la pereza, desde que amanece hasta que anochece, desde que anochece hasta que amanece, aunque cuando hay que divertirse también sé hacerlo, o ir de visita, o recibir invitados, sabe usted, una tía de Leon está casada con el conde Keziebredzki, sí, y cuando yo me casé con Leon su familia no estaba de acuerdo, y el mismo Leon le tenía pánico a su tía la condesa y durante dos años no me quiso presentar con ella, yo le decía Leon no tengas miedo, ya me encargaré de hacer entrar al orden a tu tía, y una vez leí en el periódico que iba a

haber un baile caritativo y que en la comisión organizadora se hallaba la condesa Keziebrodzka, no le dije nada a Leon, sólo le informé que iríamos a un baile y puedo decirle a usted que durante dos semanas me preparé en secreto, dos costureras, una peluquera, masajes, incluso me hice el pedicure para darme valor, le pedí a Tela que me prestase sus joyas y cuando me vio Leon por poco se desmaya, yo me quedé imperturbable, entramos en la sala, la orquesta tocaba, yo tomé a Leon del brazo y lo llevé directamente adonde estaba la condesa y entonces, ¿sabe usted lo que ella hizo?, se volvió de espaldas. Me ofendió. Por lo tanto le dije a Leon, Leon tu tía es una arrogante, y lancé un escupitajo, y él, sabe usted, no dijo ni siquiera esta boca es mía, él ya es así, habla y habla, pero cuando se necesita que diga algo se queda callado o empieza a darle vueltas al asunto; pero después, cuando vivíamos en Kielce y yo hacía confituras, más de una persona importante iba a visitarnos, encargaban mis confituras con meses de anticipación...

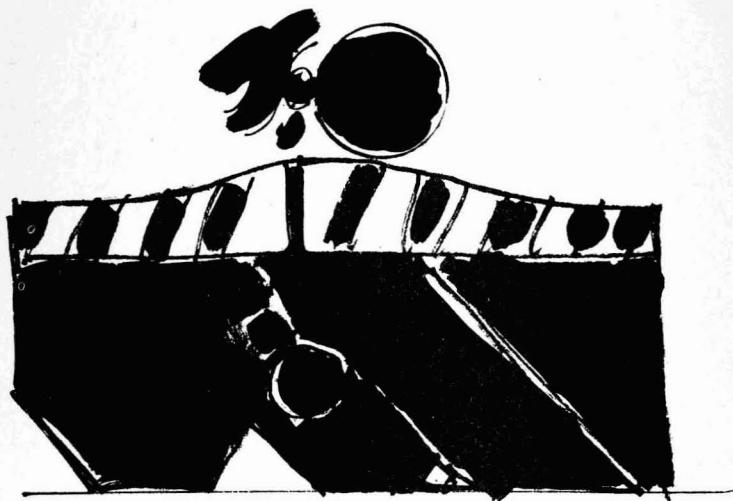
Guardó silencio, limpió el polvo; seguía tan callada como si no hubiese abierto la boca para nada. Por fin Fuks le preguntó:

—¿Y qué pasó después?

Entonces dijo que uno de los inquilinos que había tenido en Pultusk era tuberculoso y había que darle tres veces al día "lo que era una asquerosidad"... y saltó. ¿Qué significa todo eso? ¿Cuál era el sentido? ¿Qué se ocultaba en el fondo? ¿Y aquel vaso? ¿Por qué el día anterior me había fijado en un vaso del salón, cerca de la ventana, sobre una mesa, junto con dos carretas que yacían al lado? ¿Por qué advertí esto al pasar? ¿Es que eso merecía la atención? ¿No sería mejor ir a la planta baja para mirar otra vez, para comprobar? Seguramente Fuks en secreto también comprobaba, investigaba, totalmente hecho pedazos. Fuks, sí... pero él no tenía ni la centésima parte de mis motivos...

Lena como cuerpo y alma de esta estupidez.

No podía dejar de pensar en que detrás de todo esto se hallaba oculta Lena, que tendía hacia mí, tensa en ese su deseo íntimo, secreto... Casi podía verla vagar por la casa, dibujar en los techos, mover el pértigo, colgar el palito, conformar figuras con los objetos, deslizarse a lo largo de las paredes, ocultamente... Lena... Lena... avanzando hacia mí... implorando quizá mi ayuda. ¡Tonterías! Sí, tonterías, pero por otra parte ¿era posible que esas dos anomalías —la relación de las bocas y aquellos signos— no tuviesen nada en común? Sería absurdo. Sí, absurdo. Pero también podía ser totalmente un producto de mi imaginación, algo que me absorbía tanto como esa relación entre los labios de Lena y los de Katasia. Cenamos solamente con Bolita, pues Lena y su esposo habían ido a visitar a unos amigos, Leon había ido a jugar al bridge y Katasia, que tenía libres los domingos, había calido de la casa un momento después de la comida.



La cena fue condimentada por la ininterrumpida voz de Bolita. Por lo visto esto le sucedía cuando no estaba Leon. Nos habló de que si los inquilinos, con los inquilinos, toda la vida, ustedes no tienen idea, había que darle de comer a uno, al otro darle ropa limpia y a otro más hacerle una lavativa y todavía encender la estufa, la estufa... yo apenas si la oía, dijo algo sobre unas "mujeres de mala nota"... "una botella detrás de la cama, se estaba muriendo y seguía con las botellas"... "le dijo y él hizo muecas y muecas pero por fin se puso la bufanda"... "tanta maldad que mejor ni les cuento"... "tanta porquería debe haber sido una maldición de dios"... Durante la cena sus ojillos seguían nuestros movimientos, su busto se apoyaba sobre la mesa y en los codos su piel descascarada se volvía de un morado anaranjado, así como en el techo los descascaramientos de la bahía mayor se convertían en un pálido eczema amarillento... "Si no fuera por eso se hubieran muerto"... "a veces cuando se quejaba en la noche"... "pero entonces trasladaron a Leon y alquilamos otra casa"... Se parecía al techo; tras la oreja tenía algo así como un grano endurecido, después empezaba el bosque, los cabello, al principio dos o tres, como anillos peludos, y después el bosque espeso, los caballos negricanos, rizados, hirsutos, enredados, a veces ondulados, a veces mechones, después otra vez lisos, una caída, de pronto la piel del cuello muy delicada, blanca, e inmediatamente después una grieta hecha como por una uña y un sitio rojizo, como una mancha sobre el brazo, al borde de la blusa empezaba la vejez, lo gastado, lo que se pudría bajo la blusa y que ahí, bajo esa blusa, se alargaba en busca de otros granos, de otras aventuras... Se parecía al techo... "Cuando vivíamos en Brohobycz"... "primero las anginas, después el reumatismo, una enfermedad del hígado"... Era como el techo, inabarcable, inagotable, inmensurable en sus telas, archipiélagos, territorios... Después de la cena esperamos que se fuese a dormir y cerca de las diez empezamos a actuar.

¿Y qué fue lo que provocamos con nuestra acción?

Forzar la puerta del cuarto de Katasia no nos causó ninguna dificultad; sabíamos que dejaba siempre la llave sobre una ventana cubierta de hiedra. La dificultad residía en que no teníamos ninguna garantía de que la persona que nos había señalado ese cuarto —si es que alguien nos lo había señalado— no se había subido para observarnos sin ser vista... e incluso no sabíamos si haría un escándalo, ¿Cómo saberlo? Durante un largo rato paseamos cerca de la cocina para ver si alguien nos espiaba; pero la casa, las ventanas, el jardín, yacían tranquilamente en la noche llena de nubes espesas y extendidas que paseaban por el cielo y entre las cuales se asomaba la hoz de la luna, que también parecía estar en movimiento. Los perros se correteaban entre unos arbustos. Teníamos miedo al ridículo. Fuks me enseñó una cajita que tenía en la mano.

—¿Qué es esto?

—Una rana. Una rana viva. La atrapé hoy mismo.

—¿Y para qué la quieres?

—Si alguien nos sorprende diremos que entramos a su cuarto para ponerle esta rana en la cama... para hacerle una broma.

Su rostro pálido-pelirrojo-pisciforme, despreciado por Drezdewski. A decir verdad la rana era una buena idea. Y además hay que confesar que estaba fuera de lugar su escurridiza piel cerca de lo escurridizo de Katasia... Esto incluso me extrañó, me tranquilizó... sobre todo que la rana y el gorrión... ¿es que tras eso también se ocultaba algo? ¿es que esto no significaba nada? Fuks dijo:

—Vamos a ver qué pasa con el gorrión. De todos modos tenemos que esperar.

Fuimos. Bajo los árboles, en la maleza, estaba la conocida oscuridad, y además un conocido aroma, nos acercamos a ese conocido sitio, pero la mirada inútilmente chocaba contra la negrura, más bien contra una pluralidad de distintas negruras que todo lo oscurecían. Había allí cuevas negras que se hundían junto a otros huecos; esferas, capas, envenenadas por un existir a medias. Todo esto se mezclaba en una especie de mixtura que frenaba y oponía resistencia. Yo tenía una linterna, pero no quería utilizarla. El gorrión debía estar frente a nosotros, a dos pasos, veíamos el sitio, pero no podíamos aislarlo con la mirada que se hallaba devorada por la oscuridad, tan reacia a la entrega. Por fin... se dibujó como el centro de una forma, como un núcleo oscuro no mayor que una pera... seguía colgado...

—Ahí está.

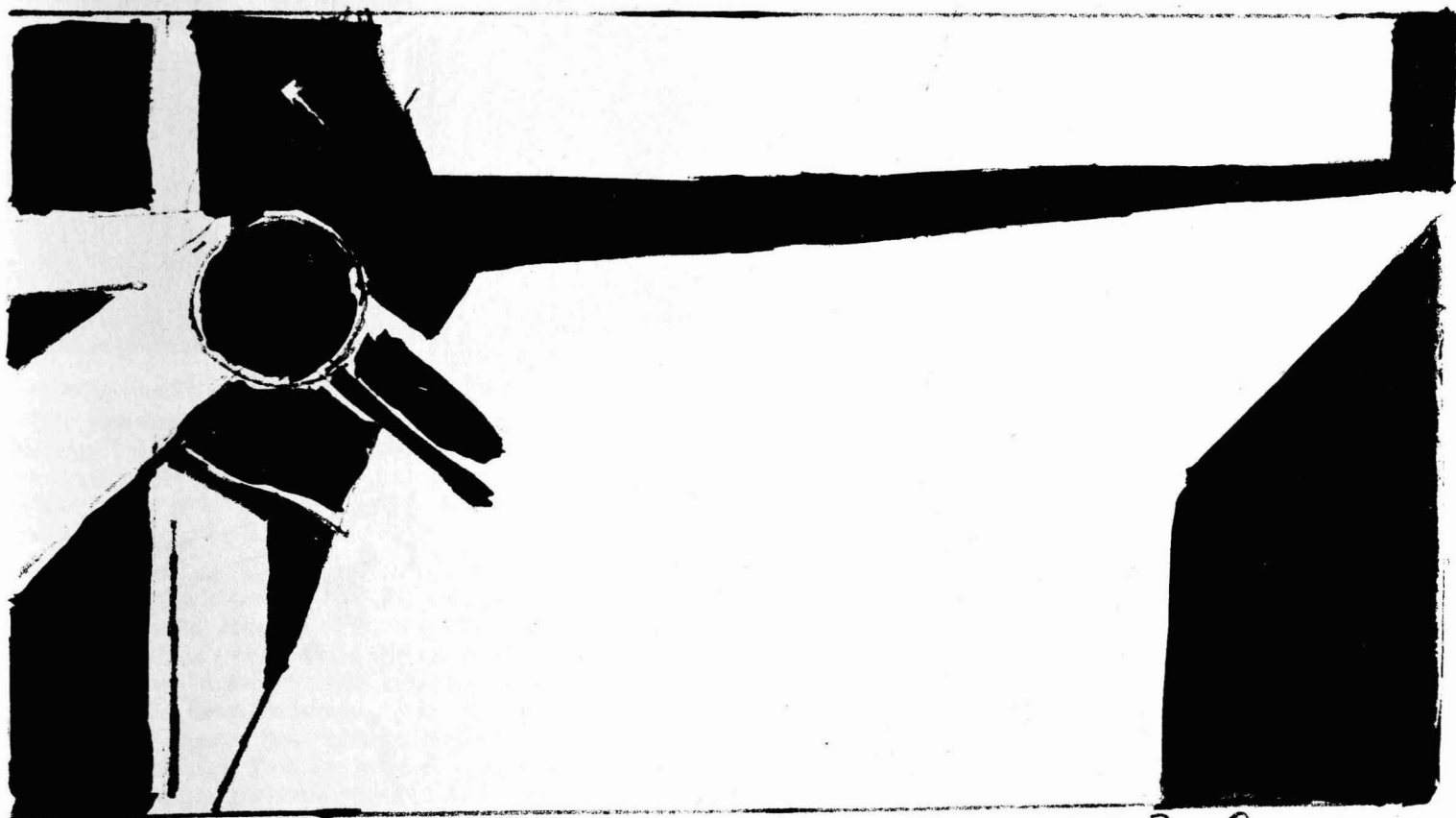
En la silenciosa oscuridad pudimos oír la rana que llevábamos... pero no porque lanzase ningún ruido, sino porque su existencia se hacía notar excitada por la existencia del gorrión. Estábamos con la rana... ella estaba allí, junto a nosotros, ante el gorrión, emparentada con él en un círculo gorrión-ránico, y a mí me conducía el escurrimiento labial... y el terceto gorrión-rana-Katasia me atraía hacia la bóveda de su boca y esa cueva de negra maleza formó la cueva de su cavidad bucal, con el amanerado gesto de sus labios que parecían andar de huída. El deseo. La obscenidad. Estaba sin movimiento; Fuks se alejaba ya de la maleza, "nada nuevo" murmuró, y cuando volvimos a salir al camino la noche con el cielo, con la luna, con un montón de nubes de orillas plateadas, se volvió más clara. ¡Entrar en acción! En mí ardía un loco deseo de actuar, de respirar ese aire purificador; estaba dispuesto a todo.

Pero nuestra acción era bastante pobre. Dios mío. Dos conspiradores y una rana seguían la dirección marcada por un pértigo. Una vez más abarcamos con la mirada la escena: la casa y los débilmente dibujados troncos de arbustos, blancos de sal, y las espesuras de los árboles más grandes al fondo y el enorme espacio

del jardín. Busqué a tientas la llave sobre la ventana, entre la hiedra, y después de meterla en la cerradura alcé un poco la puerta para evitar que rechinasen las bisagras. La rana en la caja perdió importancia, pasó a un plano más distante. Cuando se abrió la puerta la oscuridad de ese cuarto, pequeño, bajo, lleno de un amargo y bochornoso aroma que no era de lavadero, ni de pan, ni de hierba, esa oscuridad Katásica me excitó; su boca deformada había entrado en mí, absorbentemente, y debía tener cuidado para que Fuks no advirtiese las irregularidades de mi respiración.

Fuks tomó la linterna y la rana y entró, y yo me quedé ante la puerta entreabierta para vigilar.

La apagada luz de la lámpara, envuelta en un pañuelo, avanzaba por la cama, el armario, la mesa de noche, el cesto, el anaquel, destacando uno tras uno distintos lugares, rincones, fragmentos, ropa de cama, paños, un peine roto, un espejito, un plato con unas monedas, un jabón grisáceo, objetos y objetos que se sucedían continuamente, como en un filme, y afuera del cuarto unas nubes seguían a otras nubes y yo junto a esa puerta me hallaba entre los



29m17e767





dos desfiles: el de los objetos y el de las nubes. Y pese a que cada una de las cosas que había en el cuarto era de ella, de Katasia, sólo en conjunto lograban dar una imagen de ella, formando un sucedáneo de su presencia, de su presencia secundaria que yo violaba a través de Fuks, sirviéndome de su linterna, aunque yo mismo estuviese aparte, en actitud de vigilante. Pero yo violaba aquello lentamente. La mancha de luz —que se desplazaba, que saltaba— se detenía a veces sobre algo, como meditabunda, para en seguida volver a buscar, a curiosear, a husmear, a moverse con torpeza buscando algo sucio. Eso era lo que buscábamos, para eso habíamos ido. ¡Algo sucio! ¡Sucio! Y la rana seguía en la caja que Fuks había puesto sobre la mesa.

Pobreza de sirvienta, pobreza de un peine sucio y desdentado, de un espejillo roto, de una toallita húmeda; objetos de criada comprados ya en la ciudad pero aún campesinos, sencillo, objetos que nosotros tocábamos para llegar a cierta maldad escurridizamente retorcida que en ese sitio, en esa bóveda que casi era la de su boca, se ocultaba borrando tras sí toda huella... Casi tocábamos con maldad, la corrupción, esa perversión. Debía estar ahí cerca. De pronto la linterna descubrió en un rincón tras el armario una gran fotografía y de su marco surgió el rostro de Katasia... con la boca aún sin ningún defecto. ¡Qué extraño!

¡Una boca sencilla y pura, limpiamente campesina!

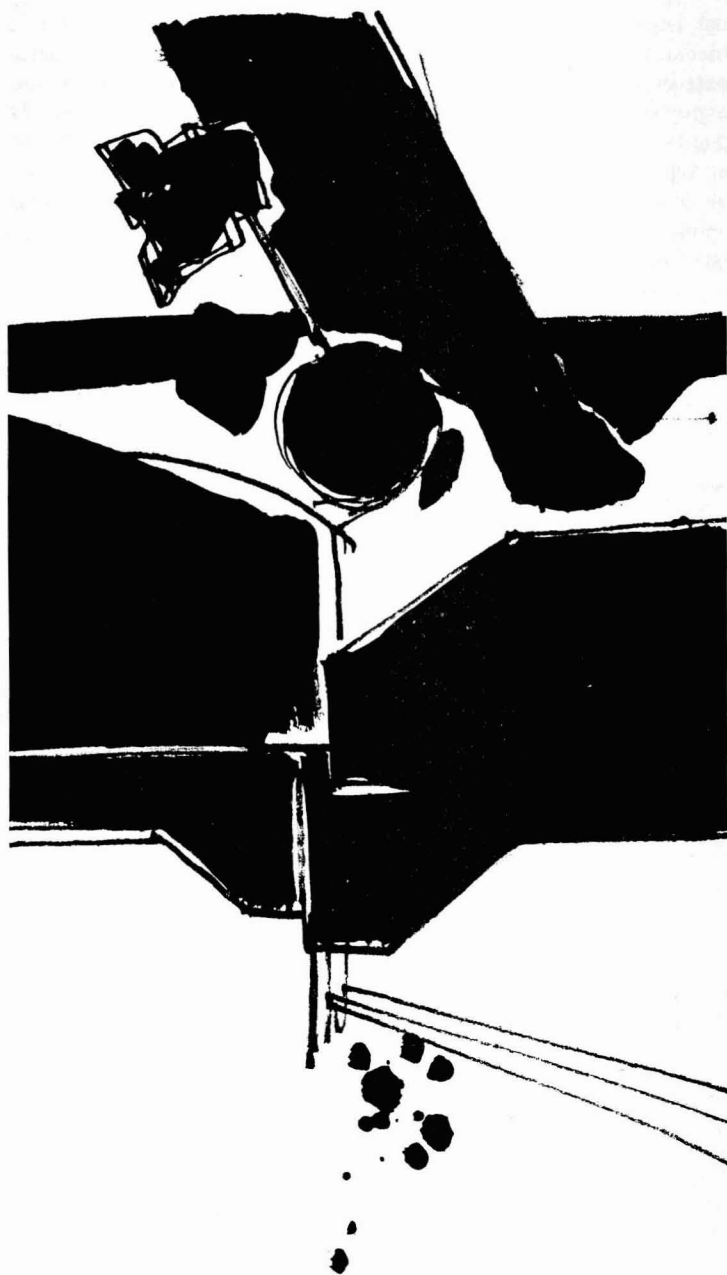
Sobre un rostro mucho más joven, más redondo. Katasia vestida de fiesta, con una escote de día domingo, sentada en una banca, bajo una palmera tras la que se veía la proa de una lancha, Katasia tomada de la mano por un hombre grueso, bigotudo, de cuello de pajarita... Katasia sonreía amablemente...

Si nos hubiésemos despertado en la noche hubiésemos podido jurar que la ventana estaba a nuestro lado derecho y la puerta tras nuestras cabezas; basta una sola señal de orientación, la claridad de la ventana, el tictac del reloj, para que inmediatamente, de manera definitiva, todo se nos amueble en la cabeza tal como debe ser. ¡Pero qué más? La realidad se nos presentaba con la velocidad de un rayo; todo volvía a sus normas, como si hubiese sido llamado al orden. Katasia era una respetable señora que se había herido el labio superior en un accidente automovilístico y nosotros éramos un par de lunáticos...

Confuso miré a Fuks. Pese a todo él seguía buscando; su linterna había vuelto a escudriñar, vimos unas cuentas sobre la mesa, unas medias, imágenes de santos, Cristo y la Virgen María con un ramo de flores, pero ¿qué sacábamos en claro con esa búsqueda? Lo que hacíamos era ya tan sólo para no quedar mal.

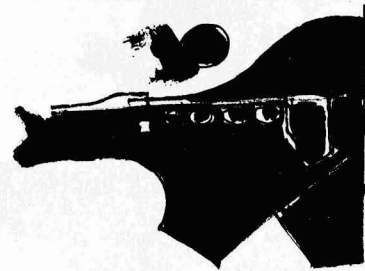
—Prepárate —le dije—. Vámonos de aquí.

Toda posibilidad de encontrar algo sucio se había disipado de los objetos iluminados; en cambio, el mismo hecho de iluminar se había vuelto sucio; el tocar, el husmear, había tomado un carácter



79m 7 969





suicida; en ese cuartucho nosotros éramos como dos monos lujuriosos. Con una sonrisa inconsciente Fuks respondió a mi mirada y siguió vagando por el cuarto con la linterna, era evidente que tenía la cabeza totalmente vacía; nada; nada; nada; como alguien que se da cuenta que ha perdido todo lo que tenía y pese a todo sigue avanzando... Y su fracaso con Drezdewski se relacionaba con este otro fracaso, todo se había vuelto en solo fracaso... Con una sonrisa ya lujuriosa, de burel, observaba los listones de Katasia, sus medias sucias, sus anaqueles, sus cortinas; desde la oscuridad yo le miraba hacer esto... ya sólo por venganza, para no quedar mal, vengándose a fuerza de lujuria debido a que ella había dejado de ser lujuriosa. Husmear; la mancha de las que danza sobre el peine, sobre un tacón... ¡pero inutilmente! ¡Sin ningún resultado! Todo eso carecía ya de sentido y se deshacía lentamente, como un paquete al que se le hubiera desatado el cordel, los objetos se habían vuelto indiferentes, nuestra sensualidad agonizaba. Y se acercaba ya el terrible minuto en que no sabríamos qué hacer.

Entonces advertí algo.

Ese algo bien podía ser nada, pero también podía ser más que nada. Seguramente no tenía importancia... pero no obstante...

Fuks había iluminado una aguja que se caracterizaba por estar clavada en la mesa.

Esto no hubiese tenido importancia si antes no hubiese advertido algo más extraño, o sea una plumilla clavada en una cámara de limón. Por eso, cuando Fuks empezó a tocar la aguja que ahí estaba clavada, le tomé de la mano y guí la linterna hacia donde estaba la plumilla para devolver a nuestra presencia en ese sitio apariencias de que buscábamos algo.

Pero entonces la linterna empezó a moverse con rapidez y un momento después dio con otra cosa, o sea con una lima de uñas que había sobre la cómoda. Esta lima estaba clavada en una cajita de cartón. Yo antes no había advertido esa lima; pero ahora la linterna me la mostraba como diciendo "¿qué piensas de esto?".

Lima... plumilla... aguja... la linterna era ya como un sabueso que hubiese caído sobre la pista, saltaba de un objeto a otro y así descubrimos otras cosas clavadas: dos alfileres clavados en un pedazo de cartón. No era mucho. No era mucho, pero en nuestra miseria daba una nueva dirección a nuestras acciones; la linterna trabajaba dando saltos, buscando... y he ahí algo más... un clavo clavado en la pared, pero curiosamente sólo a unos cuantos centímetros del piso. Pero en realidad lo extraño del clavo no bastaba; de nuestra parte era en cierta forma un abuso haberlo iluminado así... Y nada más... nada... seguimos buscando, pero la búsqueda ya se había agotado, en la bochornosa bóveda de ese cuarto se efectuaba una descomposición... finalmente se detuvo la linterna... ¿Qué más?

Fuks abrió la puerta y nos dirigimos hacia la salida. Un instante antes de abandonar el cuarto alumbró por un momento una vez más la boca de Katasia. Me apoyé en la ventana y sentí en la mano un martillo y dije en voz baja "martillo", seguramente porque el martillo se relacionaba al clavo clavado en la pared. Nada importante. Vámonos. Cerramos la puerta, dejamos la llave en su lugar; arriba en el cielo había mucho viento, soplaba bajo la cúpula de las nubes que pasaban ligeramente. Y Fuks inútil, despreciado, desagradable, ¿para qué estar con él?, yo mismo tenía la culpa, no importaba, la casa se erguía frente a nosotros, al otro lado del camino los abetos también se erguían, los arbustos del jardín se erguían; parecía un baile, cuando la orquesta deja de tocar y las parejas se quedad de pie; era algo estúpido.

¿Pero qué hacer? ¿Regresar a dormir? Me sentía en un estado de total destrucción y debilidad. Incluso ya no tenía sentimientos.

Fuks se volvió hacia mí para decirme algo, pero de pronto la tranquilidad explotó con golpes intensos y sonoros.

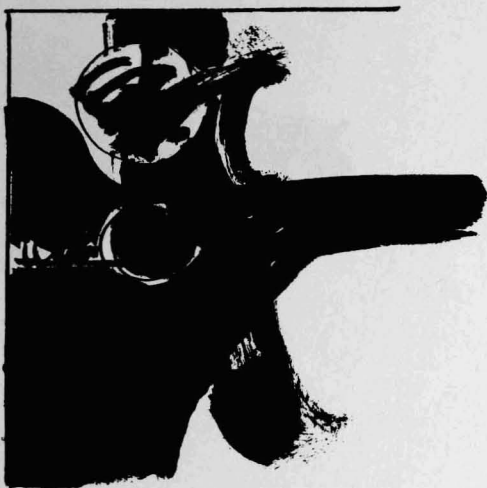
Me quedé rígido. Los golpes venían de atrás de la casa, del lado que daba al camino; de allá venían esos rabiosos golpes dados por alguien. ¡Eran como golpes de martillo! Furiosos martillazos, pesados, metálicos, uno tra otro, bum, bum, enérgicamente, con todas las fuerzas. Ese ruido metálico en la noche silenciosa era tan sorprendente que casi parecía de otro mundo... ¿Se dirigía contra nosotros? Nos pegamos a la pared como si esos martillazos, reñidos con el ambiente, estuviesen forzosamente dirigidos contra nosotros.

Los golpes no cesaban. Me asomé y tomé a Fuks de una manga. Era doña Mariquita.

¡Doña Bolita! En una bata de casa de amplias mangas. Entre esas mangas agitadas por el viento, resellante, golpeante, elevando ese martillo, a esa hacha, con la cabeza enloquecida, golpeaba el tronco de un árbol. ¿Clavaba algo? ¿Qué cosa clavaba? ¿Por qué ese clavar, desesperado, furioso... que... que... que nosotros habíamos dejado en el cuarto de Katasia...? ¡Ahora se enloquecía gigantescamente y el ruido del metal se alzaba victorioso!

El martillo que había tocado con el codo cuando salíamos del cuartucho se enormizaba ahora; los alfileres, agujas, plumillas y clavos clavados alcanzaban su punto máximo en una furia repentina. Al pensar en esto quise alejar de mí ese tonto pensamiento, ¡fuera! , pero en ese momento otros golpes, algo así como un estruendo, salieron... del interior de la casa... Del piso superior; eran golpes más rápidos, más tupidos, que acompañaban a aquellos martillazos, corroborando el acto de clavar, haciéndome saltar al cerebro; la noche estaba llena de pánico, de locura; era como un sismo. ¿Venían esos golpes del cuarto de Lena? Dejé a Fuks y entré corriendo a la casa, subí a saltos las escaleras... ¿Era Lena?

Pero cuando subía las escaleras todo quedó en silencio repentinamente. Al llegar al piso superior me detuve sofocado, pues el



ruido que me apresuraba había cesado. Silencio. Tuve incluso la idea, absolutamente tranquila, de calmarme y dirigirme a nuestra habitación. Pero la puerta del cuarto de Lena, la tercera en el corredor, estaba frente a mí y en mi interior aún se oían los golpes, el claveteo, el estruendo, el martillo, el otro martillo más pequeño, las agujas, los clavos, clavar, clavar, abrirme paso hacia Lena, llegar a ella... y como resultado me lancé contra su puerta y con los puños cerrados empecé a golpear y a golpear. Con todas mis fuerzas.

Silencio

Se me ocurrió que si me abrían la puerta debía yo gritar "ladrones", para justificarme de algún modo. Pero no pasó nada. Volvió la calma; no se oía nada nada, nada, me alejé sin hacer ruido y rápidamente descendí las escaleras. Pero abajo también reinaba la calma. El vacío. No había nadie. Ni Fuks ni Bolita. Era fácil de explicar el que no hubiesen abierto la puerta en el cuarto de Lena, simplemente aún no estaba allí, aún no había vuelto a la casa, los golpes no habían salido de ese cuarto. ¿Pero dónde estaba Fuks? ¿Y Bolita? Pegado a las paredes, para que nadie me viese desde las ventanas, le di la vuelta a la casa. La furia había desaparecido sin dejar huellas; los árboles, la vereda, la gravilla, abajo la luna que se desplazaba en el cielo... y nada más. ¿Dónde estaba Fuks? Las lágrimas me venían a los ojos; faltaba poco para que me sentase y me pusiese a llorar.

Mas en ese instante vi que en el piso superior había una ventana iluminada, la del cuarto de ellos, de Lena y Ludwik.

Vaya, así que estaban, habían oído mis golpes. ¿Por qué entonces no me habían abierto? ¿Que hacer? ¿Cuál? ¿Cuál? ¿Ir a nuestro cuarto, desvestirme y acostarme a dormir? ¿Esconderme en algún lugar? ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? ¿Llorar? Su ventana tenía las cortinas descorridas, se veía la luz... y... y... precisamente frente al cuarto, al otro lado de la empalizada, había un abeto de grandes ramas y hojas tupidas... Si me trepase a él podría ver algo... Esta idea era bastante salvaje, pero su salvajismo se ligaba al salvajismo que acababa de suceder... ¿Y qué otra cosa podía hacer?

El estruendo, el caos de lo que había pasado, me facilitaba la realización de esa idea que estaba frente a mí como ese árbol y que era lo único que yo tenía. Salí a la carretera, me trepé al tronco del abeto y empecé a subir trabajosamente por ese ser áspero e hiriente. ¡Abrirme paso hacia Lena! Llegar a Lena... los ecos de aquellos golpes resonaban en mí y otra vez volvía a desear abrirme paso... Y todo aquello, el cuarto de Katasia, la fotografía, los alfileres, los golpes de Bolita, todo, cedió ante ese único y primordial deseo de abrirme paso hacia Lena. Subía cuidadosamente, de una rama a otra, cada vez más arriba.

No era fácil, eso tomaba mucho tiempo y la curiosidad se volvía febril: verla, verla... verla junto a él... ¿qué vería?...

Después de esos golpes, de esos toquidos, ¿qué cosa vería? Volvió a vibrar en mí el reciente temblor con que había estado ante su puertas, pero más intensamente. ¿Qué vería? Podía ya ver el techo y la parte superior de una pared, así como también la lámpara.

Y por fin vi.

Quedé aniquilado.

El le enseñaba una tetera.

Una tetera.

Ella estaba sentada en una silla, junto a la mesa, con una toalla de baño sobre los hombros a guisa de chal. Él estaba de pie, en camiseta, y le mostraba una tetera que tenía en la mano. Ella miró la tetera. Dijo algo. Él le contestó.

Una tetera.

Yo estaba preparado para todo. Pero no para ver una tetera. Hay una gota que rebasa el cántaro, algo que ya es "demasiado". Existe algo así como un exceso de realidad, una abundancia que ya no se puede soportar. Después de tantos objetos que no soy capaz de enumerar: agujas, ranas, gorrión, palito, pértigo, puntilla, cáscara, cartón, etcétera, chimenea, corcho, ranura, canalón, mano, pelotitas, etcétera, etcétera, terrenos, red, alambre, cama, piedrecillas, palillo de dientes, pollo, eczemas, bahías, islas, aguja, y así por el estilo, sin parar, hasta el aburrimiento, hasta el hastío, y ahora esa tetera, sin venir a cuento, sin que tuviera nada que hacer, como algo extra, gratuito, como un lujo del desorden, como un regalo del caos. Basta. Se me cerró la garganta. No podía tragar eso. No podía. Basta ya. Volver. A la casa.

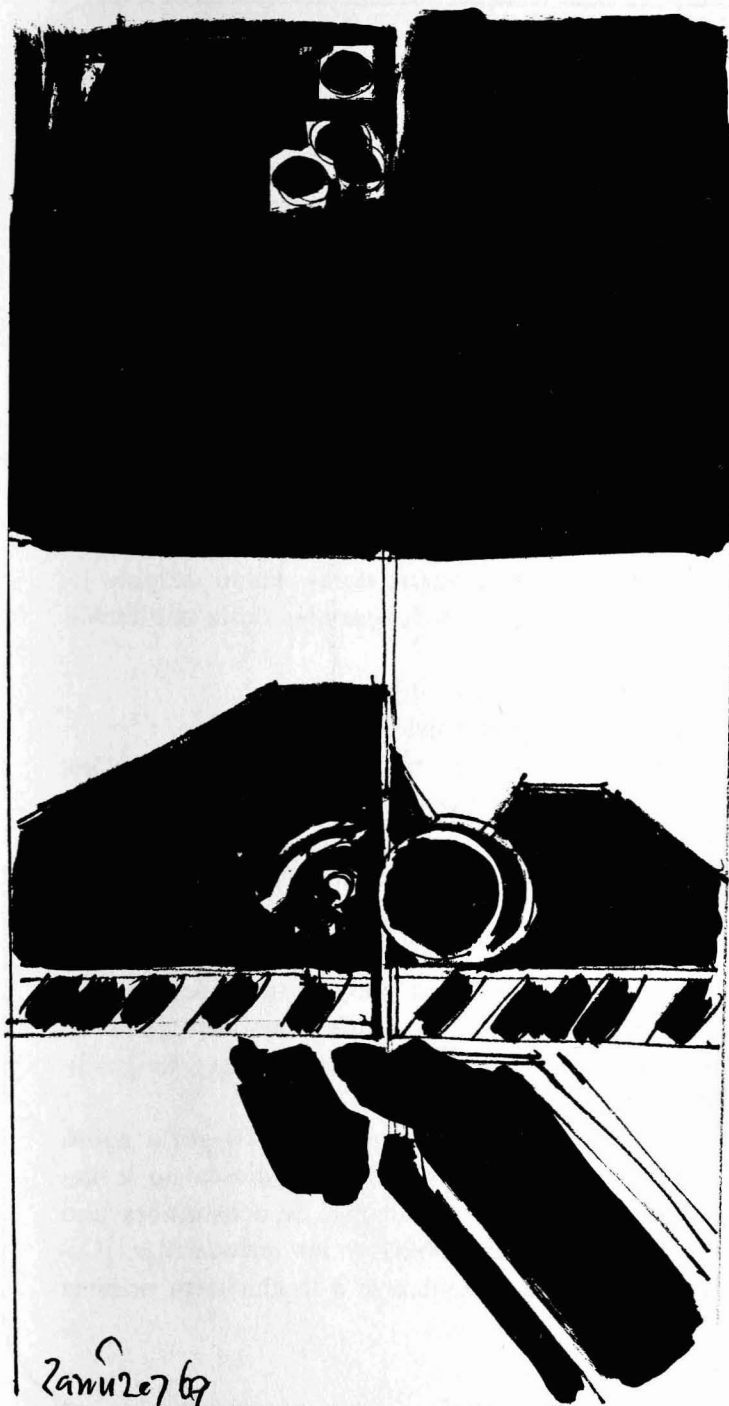
Se quitó la toalla. Estaba sin blusa. Me impresionó la desnudez de sus pechos y brazos. Con esa desnudez de la parte superior empecé a quitarse las medias, su esposo volvió a decir algo y ella le respondió, se quitó la otra media, él apoyó un pie en la silla y se desató el zapato. Pospuse mi retirada; pensé que ahora sabría cómo era, cómo era cuando estaba a solas con él, desnuda, ¿era degenerada, perversa, sucia, untuosa, sensual, casta, tierna, pura, fiel, fresca, graciosa o coqueta? ¿Quizá era simplemente fácil? ¿O profunda? ¿O tal vez terca, o desilusionada, aburrida, indiferente, cálida, astuta, mala, angelical, tímida, desvergonzada? ¡Por fin lo sabría! Ya mostraba los muslos; sólo y momento más y lo sabría; por fin me enteraría, por fin vería algo...

La tetera.

Ludwik tomó la tetera, la puso sobre un anaquel y se dirigió hacia la puerta.

Apagó la luz.

Agucé la mirada, pero no vi nada; con ojos ciegos, clavados en la oscuridad de esa cueva, intentaba ver algo. ¿Qué estarían haciendo? ¿Qué hacían? ¿Y como lo hacían? Ahora todo era posible allá. No había gesto o caricia imposible, la oscuridad era realmente indescifrable; se revolcaba, o no se revolcaba, o se avergonzaba, o amaba, o nada de nada, u otra cosa, o infamia,



horror, nunca sabré nada. Empecé a bajar del árbol y al descender lentamente pensé que si Lena fuese una niña de ojos muy azules sería igualmente un monstruo, sólo que un monstruo infantil de ojos azules. Por lo tanto ¿qué podemos saber?

Nunca sabré nada de ella.

Salté a tierra, me sacudí las ropas y me dirigí lentamente hacia la casa. En el cielo continuaban las carreras, rebaños enteros corrían enfurecidos; la blancura de sus iluminadas orillas, la negrura de sus núcleos, todo corría bajo la luna, que también corría, salía; los cielos estaban preñados de dos movimientos contrarios, encarrerados, silenciosos. Y yo al caminar pensaba si no sería mejor mandar todo el diablo, arrojar ese lastre, decir “no juego”, porque a fin de cuentas el labio de Katasia era un defecto puramente mecánico, tal como demostraba la fotografía. ¿Qué sentido tenía entonces todo aquello?

Y para colmo de males estaba la tetera. . .

¿Qué objeto tenía esa relación de bocas, de la boca, de la boca de Lena y la de Katasia? No volvería a inmiscuirme. Lo abandonaría todo.

Me hallaba cerca del porche. En la balustrada estaba sentado Dawidek, el gato de Lena; al verme se levantó y alargó el lomo para que yo lo acariciara. Lo agarré por la garganta y con todas mis fuerzas empecé a ahorcarlo; como un relámpago me cruzó por la mente el sentido de lo que hacía, pero ya era tarde, ya no había remedio. Y con todas mis fuerzas cerré las manos. Lo ahorqué. Quedó muerto.

¿Pero qué hacer, qué otra cosa emprender? Me hallaba en el porche con un gato ahorcado. Había que hacer algo con ese gato, ponerlo en algún lado, ocultarlo. Pero no tenía la menor idea de donde esconderlo. ¿Sería mejor enterrarlo? ¿Pero quién se pondría a cavar en medio de la noche! Podía tirarlo a la carretera para que pensarán que un carro lo había atropellado. ¿O sería mejor echarlo a la maleza, allí donde estaba el gorrión? Pensaba intensamente, el gato era un peso para mí, no podía decidirme, había un gran silencio; en ese momento vi una cuerda bastante fuerte con la que estaba atado un arbusto —uno de esos arbustos blanqueados por la cal— al palo que le servía de apoyo; desaté la cuerda, hice un nudo y miré a mi alrededor para asegurarme de que no me veía nadie (la casa dormía, nadie hubiese creído que no hacía mucho hubiera habido tal estruendo); recordé que en el muro había un gancho que servía no sé para qué, quizá para colgar ropa; llevé el gato a ese sitio y no muy lejos, a unos veinte pasos del porche, lo colgué del gancho. Estaba colgado como el gorrión, como el palito, formando un trío. ¿Qué más? Estaba muerto de cansancio pero temía volver a la habitación, pues Fuks podía estar aún despierto y seguramente me haría algunas preguntas. . . Pero en cuanto abrí la puerta, sin hacer ruido, vi que dormía profundamente. Yo también caí dormido.